

## **ESCUELAS SALESIANAS**

**Carretera de Ledesma**

**SALAMANCA**

**Salamanca, a 24 de junio de 1975**

**A TODOS LOS HERMANOS DE LA CONGREGACION**

**Queridos Hermanos:**

**El dia 25 de abril fallecio de forma rapida e imprevista el Salesiano Coadjutor de esta Comunidad**



**DON ANTONIO MARTINEZ LARGO**

**que contaba con 34 años de edad y quince de religioso.**

Después de la comida, con su habitual conversación jocosa que sostenía con los hermanos más próximos, jugó un partido de baloncesto con los chicos y con otros compañeros más jóvenes. Terminado el recreo se dirigió al taller, pues tenía que atender la clase de prácticas. No hizo más que abrir la puerta y le vino un desvanecimiento total que le hizo perder el equilibrio. Los chicos cercanos impidieron que cayera al suelo hasta que llegaron los salesianos y llamaron con toda urgencia a una ambulancia, que le trasladó al hospital. Allí fue atendido por los médicos de guardia; durante una hora larga intentaron reanimarle con la ilusión de recuperarle... pero había ingresado ya sin vida, a pesar de la rapidez con que fue trasladado. Había sufrido un sincopal cardiaco y en segundos acabó con él.

Pronto se conoció la noticia por la ciudad y entre los salesianos. Los familiares llegaron al día siguiente, poco tiempo después de lograrle sacar del depósito de cadáveres, donde le habían practicado la autopsia.

En la capilla ardiente instalada en el Colegio, inesperadamente, el padre de Antonio se dirigió, en un arranque espontáneo, a los salesianos y muchachos que allí nos encontrábamos y nos dijo: «A Antonio poco le conocía porque estaba lejos; sé que debía tener imperfecciones, como todos los tenemos, pero también sé que había escogido el mejor camino, que iba por buen camino». Estoy totalmente de acuerdo con el padre de Antonio. Estando de alumno en la Escuela del Trabajo de la salesiana Baracaldo, se acercó en una excursión a Madrid, para ver a su hermano Daniel, entonces en el Aspirantado Salesiano de Coadjutores. A raíz de esta visita quiso hacerse también él salesiano y, de acuerdo con sus padres, de sólida raigambre cristiana y con una vivencia profunda de su fe, acudió en 1954 a San Fernando para hacer su aspirantado. Allí aprendió el oficio de sastre hasta 1958, a la vez que clarificaba y fundamentaba su incipiente vocación de apóstol.

Pasado el noviciado vuelve al Colegio de San Fernando, primero como estudiante del perfeccionamiento, y luego como profesor de los muchachos del colegio. Trabaja generosamente dando clases, en los talleres, asistiendo en los patios, y dormitorios, como músico y encargado de deportes. En los veranos descansa haciendo los estudios de Ingeniería Técnica y para terminarlos va a la Casa de Béjar, y acude como alumno oficial a la Escuela de dicha ciudad. En 1970 se incorpora de nuevo a las tareas educadoras en Carabanchel Alto, donde se ha trasladado el Aspirantado de Coadjutores de la Inspectoría. Mediado el curso de 1972-73 se traslada a la Casa de Pizarrales, por necesidades académicas de la Sección de Formación Profesional.

Este el camino, bueno a todas luces, que Antonio siguió y al que aludía su querido padre. Este continuó diciendo a sus sorprendidos oyentes: «Muchachos, os digo que la vida es bella, que hay que vivirla con alegría. Os digo que hay que ir por el mundo, sabiendo que cada una de las personas que nos rodean es como un dedo de nuestra mano. Aquí tenéis a vues-

tro maestro. No sé si Antonio habrá dado todo lo que podía dar en la vida; vosotros sois sus discípulos y lo podéis saber».

Y también quiero contestar a este interrogante, porque he vivido bastante tiempo con él, porque he visto cómo le querían todos los amigos del colegio y porque he oído los comentarios de la ciudad con ocasión de su fallecimiento. Puedo contestar sin temor a que el cariño de hermano que por él sentía me lleve a exagerar.

Y la respuesta que doy es afirmativa. No ha estado la vida de Antonio llena de cosas extraordinarias; muchas cosas y anécdotas conocemos de su vida, pero todas ellas sencillas y de la vida ordinaria. He visto a Antonio entregado al cumplimiento de su deber, cumpliendo calladamente lo que se le encendaba, huyendo de los cargos, pero no del trabajo de los mismos. Siempre ordenado. De buen criterio; alegre, pero no ligero. De porte digno y siempre bien presentado. Asistente asiduo a los actos comunitarios, participé de las alegrías y penalidades de los hermanos, sin distinción de ideologías; respetuoso con todos. No recuerdo haberle visto enfadado ni con los muchachos siquiera.

Sus familiares y hermanos le consideraban como la piedra de unión. Cuando tomaban las vacaciones del verano, no había vacaciones si él no les acompañaba porque la base de ellas era la movilidad y alegría de Antonio. Era piadoso y dado a la amistad leal, y conservaba amigos de las diferentes casas por donde había ido pasando, fruto de haberse dado a ellos y haber cumplido las palabras del padre: «sabiendo que cada una de las personas que nos rodean son como un dedo de nuestra mano, son algo nuestro».

Respuesta positiva fue también la que pudimos recoger en sus funerales. El Consejo Inspectorial se trasladó en pleno a Salamanca; igualmente el Consejo de las Salesianas. Más de un centenar de salesianos de toda la inspectoría dejó sus ocupaciones para unirse a los salesianos y salesianas de las casas de Salamanca en la despedida. En el altar nos encontrábamos sesenta sacerdotes concelebrando su última Eucaristía y la iglesia parroquial, de gran capacidad, resultó pequeña para albergar a sus amigos, a los alumnos, a los padres de los alumnos, a los antiguos alumnos, a los archicofrades y cooperadores, a los compañeros de otras escuelas de la ciudad... Algo verdaderamente sublime, en medio del dolor que a todos nos embargaba.

La prensa local se hizo eco de ello: «Queridos salesianos, comparto vuestro dolor, decía la carta abierta. Pero os envío y envídeo a Antonio. Quién pudiera vivir dándose a los jóvenes para educarlos en el amor, y quién pudiera morir como Antonio, rodeado de jóvenes que le aman. Recibid mi pésame y mi enhorabuena. Adivino en vuestras lágrimas la alegría por el triunfo de vuestro hermano y por lo que un día será vuestro triunfo. Que Dios os conserve la fe, pues vuestro ejemplo comprometido nos hace bien».

Queridos salesianos, ciertamente la muerte de Antonio es el final de un camino bien recorrido, el triunfo del hombre sencillo, dedicado «en alma y vida», como decía él, al trabajo y a su vocación. Es el signo del triunfo de tantos salesianos, que calladamente trabajan y no ocupan cargos y cumplen cada día su oscuro papel, sin que nadie les alabe ni reconozca su eficiencia. Es un ejemplo a seguir y una esperanza para continuar entregados a los demás.

Cuando ocurrió el fallecimiento de nuestro hermano me encontraba en Madrid y al regresar, precipitadamente, me encontré con una Comunidad rota por el dolor pero que había ido dando todos los pasos que una circunstancia así requiere. La encontré rodeada de los Padres de los Alumnos, de los Antiguos Alumnos, de la Archicofradía, quienes desde el primer momento vinieron a nuestro lado y se ofrecieron a cuanto hiciese falta. Me sentí orgulloso de pertenecer a una Comunidad Educativa que así se manifestaba. Para todos ellos, para los salesianos y salesianas, para cuantos nos acompañaron, las gracias más sinceras de esta Comunidad, que, en el dolor, se siente bendecida por el Señor.

Encomendad generosamente a Antonio y que su vida ejemplar y su muerte repentina nos animen a vivir con toda generosidad nuestra vocación.

JOSE LUIS GARCIA-TELLEZ

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

ANTONIO MARTINEZ LARGO: Salesiano Coadjutor, nace en Baracaldo (Vizcaya) el 7-12-1940, muere en Salamanca el 25 de abril de 1975, contaba 34 años de edad y quince de salesiano.